

Al despertar esa mañana recordó que había dejado la escopeta cargada en el cuarto que usaba para sus aperos de caza.

Eran las seis y media de la mañana; el vecino trompetista era muy madrugador.

Bajó corriendo las escaleras y solo al entrar en ese cuarto recordó que la noche anterior había alojado a un mochilero que recogió en el camino.

La puerta del cuarto de Wörpedel estaba abierta, la cama en desorden, pero la mochila con todas sus cosas estaba ahí donde la había descargado.

Se acercó lentamente, y allí entre sus cosas, descubrió un diario de viaje. Apenas pudo leer una frase: "la vida está en otra parte", pero solo eso le hizo transportarse a esa vida que él soñaba. Cogió aquella mochila, metió algo de ropa y se largó.

Cuando el mochilero despertó, a las 10 de la mañana, se encontró sin dinero, ropa y sin Timothy, la su rata mascota, que dormía en el fondo de la mochila. Reconió la casa buscando una explicación y en un cuarto abierto al fondo encontró una escopeta colgada de un clavo, nada más.



Sin pensarlo dos veces y sin saber por qué, se la echó al hombro, se metió al bolsillo una cartera que encontró sobre la mesa, en el documento de identidad del hombre que lo había recibido en su casa y se fue al monte.

Entretanto, Manuel Tinieblas, que así se llamaba el dueño de la casa, cruzaba la frontera en un tren con una mochila a sus pies y la mirada pícaro de uno que está a punto de hacer algo apasionante.

En un pueblo vecino del otro lado del monte entró un día un cazador caudoso que venía a quedarse. Dijo que se llamaba Manuel, cazador de perdices y coltero arrepentido. Alcalde legarín y nunca ~~tuvo~~ tuvo noticias del mochilero desconocido que recorría el mundo haciendo números de circo con una rata mascota y con cara de haber nacido de nuevo.

FIN



LA ESCOPETA

Al despertar esa mañana recordó que había dejado la escopeta cargada en el cuarto que usaba para sus aperos de caza. Eran las seis y media de la mañana; el vecino trompetista era muy madrugador.

Bajó corriendo las escaleras y solo al entrar en ese cuarto recordó que la noche anterior había alojado a un mochilero que recogió en el camino.

La puerta del cuarto de huéspedes estaba abierta, la cama en desorden, pero la mochila con todas sus cosas estaba ahí donde la había descargado. Se acercó lentamente y, allí entre sus cosas, descubrió un diario de viaje. Apenas pudo leer una frase: «La vida está en otra parte», pero solo eso le hizo transportarse a esa vida que el soñaba. Cogió aquella mochila, metió algo de ropa y se largó.

Cuando el mochilero despertó, a las 10 de la mañana, se encontró sin dinero, sin ropa y sin Timothy, su rata mascota que dormía en el fondo de la mochila. Recorrió la casa buscando una explicación y en un cuarto abierto al fondo encontró una escopeta colgada de un clavo, nada más.

Sin pensarlo dos veces y sin saber por qué, se la echó al hombro, se metió al bolsillo una cartera que encontró sobre la mesa, con el documento de identidad del hombre que lo había recibido en su casa, y se fue al monte.

Entretanto, Manuel Tinieblas, que así se llamaba el dueño de la casa, cruzaba la frontera en un tren con una mochila a sus pies y la mirada pícaro de uno que está a punto de hacer algo apasionante.

En un pueblo vecino, del otro lado del monte, entró un día un cazador cansado que venía a quedarse. Dijo que se llamaba Manuel, cazador de perdices y soltero arrepentido. A alcalde llegaría y nunca tuvo noticias del mochilero desconocido que recorría el mundo haciendo números de circo con una rata mascota y con cara de haber nacido de nuevo.

Seguramente fue la rutina del funcionario lo que empujó a mi padre a venderlo todo y cambiar de vida, poco antes de que yo naciera, allí lejos de todo. Se mudó a

Kenia y abrazó con ilusión una nueva vida como cazadora de avestruces. O, al menos, eso era lo que él creía que había ido a hacer...

Le perdí la pista cuando yo cumplí ocho años. En la escuela nos hablaban de un cuerpo de mercenarios contratado por el Presidente para acabar con la insurrección, y me lo imaginaba metido en esto.

Mientras tanto, en Nairobi, Mateo vigilaba la calle desde la quinta planta de un ruinoso edificio; el fusil de francotirador descansaba sobre un mueble y Mateo comía cacahuetes.

Mi madre lo daba por muerto y había echado tierra sobre su recuerdo para olvidar su vida. Creí así,

sin padre, hasta aquel día en que nos trajo el cartero un sobre de un notario de Tierrasbuenas, mi pueblo. Alberto Guerrero había muerto y algunos indicios apuntaban a nosotros, su mujer y su hijo.

Mateo Guerrero, huérfano de hecho y francotirador por herencia supuesta, descubrió ^{ese día} que había



heredado los derechos de autor de Alberto, funcionario
-modelo, desaparecido y reaparecido años después con la
publicación de "La vida es un viaje de ida y vuelta".

En la portada aparecía su foto, mucho más viejo, pero el
rostro sin duda, y el resumen del libro:

"Un día me di cuenta de que la jungla de la buro-
cracia tenía más secreto que la sabana Keniana,
pero no fui capaz de decirselo a mi hijo".

FOR



UN FUNCIONARIO MODELO

Seguramente fue la rutina del funcionario lo que empujó a mi padre a venderlo todo y cambiar de vida, poco antes de que yo naciera, allí, lejos de todo. Se mudó a Kenia y abrazó con ilusión una nueva vida como cazador de avestruces. O, al menos, eso era lo que él creía que había ido a hacer...

Le perdimos la pista cuando yo cumplí ocho años. En la escuela nos hablaban de un cuerpo de mercenarios contratados por el Presidente para acabar con la insurrección, y me lo imaginaba metido en ese lío.

Mientras tanto, en Nairobi, Mateo vigilaba la calle desde la quinta planta de un ruinoso edificio; el fusil del francotirador descansaba sobre un mueble y Mateo comía cacahuetes.

Mi madre lo daba por muerto y había echado tierra sobre su recuerdo para rehacer su vida. Crecí así, sin padre, hasta aquel día en que el cartero nos trajo un sobre de un notario de Tierrabuena, mi pueblo. Alberto Guerrero había muerto y algunos indicios apuntaban a nosotros, su mujer y su hijo.

Mateo Guerrero, huérfano de hecho y francotirador por herencia supuesta, descubrió ese día que había heredado los derechos de autor de Alberto, funcionario modelo, desaparecido y reaparecido años después con la publicación de «La vida es un viaje de ida y vuelta». En la portada aparecía su foto, mucho más viejo, pero el mismo sin duda, y el resumen del libro:

«Un día me di cuenta de que la jungla de la burocracia tenía más secretos que la sabana keniana, pero no fui capaz de decírselo a mi hijo».

Son las tres de la mañana y ella ya está segura de que Pedro Alfaro no volverá; salió a las ocho y solo le dijo, con una mirada que ahora sí ve diferente, que bajaba a echarle una mano a un colega con unas cuentas. No sabe si siente humillación, rabia, o simplemente un gran dolor. Durante unos interminables segundos mira fijamente el teléfono, esperando nerviosa que suene o quizá, sólo quizá, tratando de reunir el valor para hacer la llamada. Se levanta y se dirige al cuarto de baño; el espejo le devuelve una mirada triste; quizá temerosa: ¿horá Pedro como Alfonso, que bajó a comprar tabaco y, según las últimas noticias, se dedica ahora, tres años más tarde, a ~~guía~~ trabajar de guía en el Amazonas? Sin descartar ninguna explicación, marca al fin el teléfono de su oficina, pero solo obtiene más confirmación: "Pero si ayer ~~me dije~~ llamó a decirnos que hoy no vendría, que tenía que hacerse unos exámenes", "O sea, que Pedro no hoye de mí, sino de sí mismo" - pensó a modo de consuelo. ¿Si Pedro no fuera lo que siempre le creído? Un ordenado traductor de la OMC habría cubierto su ausencia con algún congreso para evitarle esta angustia. Tira a la calle desde su ventana, sin ver,



pero ^{hay} algo distinto en este panorama cotidiano: un
coche negro aparcado enfrente, con dos tipos que, a
todas horas, un día de aquel, intentan convencer-
se de que esto solo pasa en los pueblos,
pero no le cabe duda de que los desconocidos
están mirando hacia su ventana...

El timbre de la puerta la devuelve al misterio de Pedro
y corre a abrir sin detenerse a controlar por la mirilla.

Alguien le tapa la boca y le para una capucha, y siente,
demasiada, que le ~~han~~ arrastran escalera abajo.

Cuando le quitan la capucha se encuentra sentada
en una sala apenas iluminada; subido a una
tarima, ~~está~~ Pedro apunta con su señalador a los
objetivos de un plan de reconquista de territorios
vecinos. Va vestido con uniforme de Comandos y a
las tres mujeres que lo miran incrédulas les cresta
~~la~~ imaginas taparse uniforme al traductor,
el inspector fiscal y al biólogo con el que hay
compartido los tres últimos años.

FIN



UNA VIDA TRANQUILA

Son las tres de la mañana y ella está segura de que Pedro Alfaro no volverá; salió a las ocho y solo le dijo, con una mirada que ahora sí ve diferente, que bajaba a echarle una mano a un colega con unas cuentas. No sabe si siente humillación, rabia o, simplemente, un gran alivio. Durante unos interminables segundos mira fijamente el teléfono, esperando nerviosa que suene o quizá, solo quizá, tratando de reunir el valor para hacer la llamada.

Se levanta y se dirige al cuarto de baño; el espejo le devuelve una mirada triste; quizá temerosa: ¿Hará Pedro como Alfonso, que bajó a comprar tabaco y, según las últimas noticias, se dedica ahora, tres años más tarde, a trabajar de guía en el Amazonas?

Sin descartar ninguna explicación, marca al fin el teléfono de su oficina, pero solo obtiene más confusión: "Pero si ayer llamó a decirnos que hoy no vendría, que tenía que hacerse unos exámenes".

—O sea, que Pedro no huye de mí, sino de sí mismo —pensó a modo de consuelo.

—¿Y si Pedro no fuera lo que siempre he creído? Un ordenado traductor de la OMC habría cubierto su ausencia con algún congreso para evitarme esta angustia.

Mira a la calle desde su ventana, sin ver, pero hay algo distinto en este panorama cotidiano: un coche negro aparcado enfrente, con dos tipos que, a todas luces, no son de aquí. Intenta convencerse de que esto solo pasa en las películas, pero no le cabe duda de que los desconocidos están mirando hacia su ventana.

El timbre de la puerta la devuelve al misterio de Pedro y corre a abrir sin detenerse a controlar por la mirilla. Alguien le tapa la boca y le pasa una capucha, y siente, desmayada, que la arrastran escaleras abajo.

Cuando le quitan la capucha se encuentra sentada en una sala apenas iluminada; subido a una tarima, Pedro apunta con un señalador a los objetivos de un plan de reconquista de territorios vecinos. Va vestido con uniforme de comando y a las tres mujeres que lo miran, incrédulas, les cuesta imaginar bajo ese uniforme al traductor, al inspector fiscal y al biólogo con el que han compartido los tres últimos años.